MJ estudios

La misericordia del «Padre fiel y lleno de ternura»*.

Consideraciones teológico-fundamentales

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB

Síntesis del artículo

El autor hace un repaso de las imágenes y palabras de la Biblia en que Dios se muestra compasivo y misericordioso, centrándose especialmente en el Dios Padre misericordioso revelado en Jesús de Nazaret.

Abstract

The author takes a look at the images and words of the Bible in which God shows compassion and mercy, especially focusing on God merciful Father revealed in Jesus of Nazareth.

1 Deus semper maior

La virtud de la prudencia es siempre necesaria y oportuna en muchos ámbitos de la vida, cuánto más a la hora de hablar de Dios. Por ello conviene recordar desde el inicio la debida moderación en el lenguaje sobre Él, pues el límite y la distancia entre lo que decimos sobre Dios y su misma realidad –siempre misteriosa e insondable–, es insalvable e imprescindible.

Por muy necesaria, sugerente, oportuna o relevante que sea cualquier palabra confesada sobre Él –misericordioso, en esta ocasión–, es necesario recordar aquella advertencia que K. Rahner hizo en el discurso que pronunció, con ocasión de su octogésimo cumpleaños, en la Universidad de Friburgo: «el teólogo lo es de veras, cuando no piensa tranquilamente que habla con claridad y transparencia, sino que experimenta estremecido el umbral de la analogía que existe entre el 'sí' y el 'no' al situarse en el abismo de la inefabilidad de Dios y, al mismo tiempo, la experimenta y testifica lleno de felicidad»[1].

Este límite es una constante en la historia del pensamiento teológico y filosófico, y nos recuerda que cualquier enunciado sobre la realidad debe ser, a la vez, retirado, apartado, puesto entre paréntesis, tratando de salvaguardar la identidad e integridad de la

* *Misal Romano*, Plegaria Eucarística V/c.

[1] **K. Rahner**, *Sobre la inefabilidad de Dios. Experiencias de un teólogo católico*, Herder, Barcelona 2005, 25.

realidad mencionada[2]. Esta cuestión es todavía más evidente ante las realidades personales, que son –aun para sí mismas—, más grandes y enigmáticas que los estrechos conceptos que aplicamos sobre ellas, o, en nuestro caso, ante la identidad de Dios, que se torna excesiva y misteriosa en la pretensión de confesarla. Paradójicamente, como veremos, será la toma de conciencia de este límite la que nos permitirá, en último término, referirnos a Dios como misericordioso o, quizá con mayor precisión, comunicar la experiencia de su misericordia.

Con esta precaución de fondo, y sabiendo que algo –aunque no todo, ni bien–, podremos decir sobre Dios, comencemos acercándonos a la experiencia, tan humana como divina, de la misericordia.

2 La misericordia, hoy

Como sucede de ordinario con todas las palabras, más relevante que explicar los conceptos en sí mismos, sea describir el acontecimiento en el que los experimentamos, vengan de quien vengan, o los dirijamos a quien los dirijamos[3].

Ordinariamente, el campo semántico de la misericordia se refiere al ámbito de las relaciones interpersonales. Ni se da ni se recibe misericordia de un objeto, idea, recuerdo o deseo. Del mismo modo, no se predica de ninguno de ellos. Es una manera de calificar una relación o a alguien que, normalmente, la practica –misericordioso. Este estilo o cualidad de la relación se caracteriza por la cercanía de alguien en la desgracia o necesidad del otro. No de manera esporádica, circunstancial o coyuntural, sino realmente implicativa. Es la totalidad de la persona la que está implicada con el otro en su lucha o en su desgracia. En esta circunstancia de pobreza, de necesidad, de límite, es donde se percibe la presencia fiel y constante del otro que, o bien trata de ayudar y socorrer, o, sencillamente, de acompañar, haciéndose cargo de su dolor. Es en estos momentos cuando las relaciones alcanzan mayor hondura y cuando quedan selladas con una fidelidad que sólo el amor, en cualquiera de sus formas, puede albergar.

Pues bien, solo cuando se pasa por este tipo de experiencias, es cuando se comprende el «qué» y el «hasta dónde» de la misericordia; cuando se conoce el «quién» la practica y cuando se entiende lo que hay detrás de su etimología clásica: el corazón (*cor-cordis*) de uno –que habla de la identidad de la persona–, está, se hace presente, comparte, la miseria (*miser-miseri*) del otro, su necesidad, su dolor, su límite, por pura, gratuita y desinteresada benevolencia[4].

2.1 *Déficit de misericordia*

Desde aquí, desde la exigencia y las consecuencias de la misericordia, quizá se pueda entender el déficit que hoy día tenemos de ella. El signo más evidente es el profundo sentimiento de soledad que viven muchas personas –más todavía los adolescentes, jóvenes y ancianos. Todo indica que, en un significativo número de relaciones y de modos de funcionar, no se ponen en juego

[2] Como muestra sobre la cuestión cabe recordar a **Dionisio Areopagita**, *Los nombres divinos*, Losada, Buenos Aires 2005; **Agustín de Hipona**, *In Ps 62*, 16 (CCL 39, 804); **Tomás de Aquino**, *De Veritate*, q 10 a. 12 ad 7. La confesión de Sto. Tomás al final de su vida cuando dijo: «No puedo escribir más, he visto cosas ante las cuales mis escritos son como paja», en **A. Ortega**, *La mística y los míticos: Del amor que excede todo conocimiento*, Hypatía, Barcelona 1979, 289; **Concilio Lateranense IV** (DH 806); **E. Przywara**, *Deus Semper Maior. Theologie der Exerzitien*, 3 vols. Herder, Friburgo 1938-1940; *Verbum Domini*, 7. Desde el ámbito filosófico contemporáneo son sugerentes las aproximaciones de **J. Derrida** con el concepto de *«différance»* (**J. Derrida**, *«La Différance»*, en Id., *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid 1998), o de J.-L. Marion con el concepto de «fenómeno saturado» (**J.-L. Marion**, *Siendo dado*, Síntesis, Madrid 2008).

[3] Cf. **E. Falque**, *Pasar Getsemaní. Angustia, sufrimiento y muerte. Lectura existencial y fenomenológica*, Sígueme, Salamanca 2013, 10.

[4] Otras aproximaciones en la reciente obra de referencia sobre el tema: **W. Kasper**, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida del cristiano*, Sal Terrae, Santander 2013, 11-46.

las condiciones de la misericordia. Quizá por miedo a «meterse» en la vida de alguien o a que alguien se nos «meta» en nuestros problemas y, después, le tengamos que deber algo. Quizá porque sabemos poco de relaciones gratuitas y generosas y estemos esperando saldar, tarde o temprano y de mil maneras, nuestras cuentas. Quizá porque estemos muy ensimismados en nuestro propio mundo y no nos demos cuenta del dolor ajeno o no queramos complicarnos la vida. Quizá porque nos conformemos con acciones puntualmente solidarias que se convierten en «pseudoexperiencias misericordiosas», aparentemente capaces de acallar nuestra conciencia. Quizá porque, en esta cultura pragmática, nos creamos inútiles porque aspiremos a resolver los problemas de los demás y no lo conseguimos, olvidando el valor de la simple y llana compañía. Quizá porque hayamos perdido la esperanza que nos mueva a decir a otros: «tranquilo, no estás solo», «de ésta, saldremos adelante» o «me tienes incondicionalmente»[5].

En este contexto, no único ni universal, pero sí significativo, ¿qué nos quiere decir Dios? ¿Qué podemos decir quienes nos consideramos creyentes? ¿Acaso el Dios que confesamos se muestra silencioso e impotente en estas situaciones? ¿Acaso no tiene, por nuestro medio, nada que aportar? ¿Acaso no es esta una realidad que hay que denunciar y provocar, proponiendo actitudes que abran brecha para una posterior experiencia de Dios? Quizá, acercándonos a lo que Dios ha dicho de sí mismo, seamos capaces de encontrar claves que nos orienten, tanto a practicar la misericordia según su modo y manera, como a acercar a otros al Dios fiel y misericordioso que confesamos.

2.2 *La miseria, lugar de Dios*

Antes de detenernos en el testimonio de la Escritura, donde Dios se dice a sí mismo desde su autodonación en la Historia de Salvación de su pueblo –la humanidad entera–, creo que es interesante caer en la cuenta de lo siguiente. El hecho de encontrar en ambos Testamentos el testimonio de la acción misericordiosa de Dios es realmente iluminador, maravilloso y esperanzador, porque ello significa que hay quienes, en las situaciones más dolorosas que llevan al límite de la vida y de la fe, en las situaciones en las que es más difícil encontrar cercano a Dios, lo han experimentado fiel y eficazmente presente.

Lo que indica que, si bien es cierto que podemos dudar filosóficamente de la existencia de Dios y poner en cuestión nuestras proyecciones sobre él, resulta innegable que hay quienes lo han percibido misericordiosamente presente. No de forma lógica y argumentativa, sino precisamente en la «piedra de toque» de la existencia de Dios: en el dolor, en el sufrimiento, en la necesidad, en el límite. La presencia de Dios, ahí experimentada, es la que denominamos como misericordiosa y por ella podemos decir que es «rico en misericordia», pues no ha dejado de revelarse incluso en las situaciones adversas que pueden bloquear –y así les sucede a muchos hoy– nuestra capacidad de acogida de la revelación[6]. Por eso, sorprendentemente, quizá estemos ante una de las vías, no de la demostración de la existencia de Dios, cuanto de la apertura a su experiencia. Al fin y al cabo, confesar la misericordia de Dios es indicar un aspecto, una situación, un perfil, si se quiere, de la omnipresencia velada de Dios, en el que «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28). ¿A dónde, pues, iremos lejos de su espíritu, a dónde huiremos lejos de su rostro? (cf. Sal 138,7).

[5] Cf. otras exigencias sobre la urgencia de la misericordia y una presentación general del tema, en **Juan Pablo II**, *Dives in misericordia*, Paulinas, Madrid 1980.

[6] Sobre los bloqueos para acoger la revelación, cf. **M. P. Gallagher**, *El evangelio en la cultura actual. Un frescor que sorprende*, Sal Terrae, Santander 2014, 41.

3 El Dios de la Escritura, un «Dios, rico en misericordia» (Ef 2,4)

3.1 *El Dios de Jesús de Nazaret*

A la hora de recordar someramente algunos rasgos de la misericordia divina en el Antiguo Testamento (AT), conviene recordar e iluminar, una vieja y continuada polémica en ámbitos teológicos y en la vida cotidiana de muchos creyentes: ¿Es el Dios del Antiguo Testamento el mismo que el del Nuevo?[7]

Muchos ven en el primero a un ser vengativo y cruel que hay que desechar y poner entre paréntesis, para quedarse con el revelado en Jesucristo, que es identificado como el Amor (1Jn 4,8.16). Plantear tales rupturas es signo de un desconocimiento de la Escritura y de una visión de la pedagogía divina poco ajustada a la historia de la revelación. Si bien es cierto que Dios, en Jesús, se revela en una plenitud no alcanzada antes, desplegando rasgos de su identidad en la humanidad del Hijo, también lo es que estos rasgos encarnados fueron preanunciados en la revelación veterotestamentaria (cf. *Dei Verbum*, 16; *Verbum Domini*, 40-41). Antes de la encarnación, Dios «dijo», y por medio de otros, «hizo». En cambio, en Cristo se nos revela la «verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana», siendo «a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación» (*Dei Verbum*, 2). La novedad está, por tanto, en la misma encarnación y, quizá, no tanto en los atributos de Dios. Por otra parte, la tradición que Jesús recibió sobre Dios fue la transmitida en la Torá. Los conceptos, las imágenes, los rasgos de Dios que él encarnó de manea plena y purificadora, no fueron completamente distintos de los revelados anteriormente en el canon del AT que él tenía como referencia[8]. Así pues, como hijo de su tiempo, aun subrayando la plenitud novedosa en él revelada, Jesús no tuvo otro Dios que el de Abraham, de Isaac y de Jacob (cf. Hch 3,13)[9].

«Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel» (Ex 34,7)

Para referirse a la experiencia de la misericordia de Dios y, por ende, a Dios como misericordioso, son abundantes las referencias en el AT[10]. Sin ánimo de entrar exhaustivamente en ellas, uno de los textos más ilustrativos sobre este tema, y más antiguos del libro del Éxodo, es el llamado «credo de adjetivos», donde se condensan los diferentes términos del campo semántico de la misericordia, así como la ambivalencia de la justicia divina[11]:

> «6El Señor, el Señor: un Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel;7 que mantiene su amor eternamente, que perdona la iniquidad, la maldad y el pecado; pero que no los deja impunes, sino que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generación» (Ex 34,6-7).

Si bien la traducción del versículo 6 es ya significativa, conviene detenernos en la raíz de tres palabras hebreas que están detrás de estos términos: clemente (*rḥm*), lleno de amor (*ḥsd*) y fiel (*'mth*). Quizá estas sean las palabras que saturen la imaginación y el discurso de

[7] La polémica se inició en el s.I-II con Marción y tuvo ecos en Lutero (s. XVI) y A.von Harnack (s. XX). Cf. **Á. Cordovilla**, E*l misterio de Dios trinitario*, BAC, Madrid 2012, 95-115.

[8] En palabras de Gregorio Magno, todo lo que «el Antiguo Testamento ha prometido, el Nuevo Testamento lo ha cumplido; lo que aquél anunciaba de manera oculta, éste lo proclama abiertamente como presente. Por eso, el Antiguo Testamento es profecía del Nuevo Testamento; y el mejor comentario al Antiguo Testamento es el Nuevo Testamento» (*Homiliae in Ezechielem*, I, VI, 15).

[9] Sobre este aspecto son inspiradoras las reflexiones de **B. S. Childs**, *Teología bíblica del Antiguo y del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 2011, 365-388.

[10] Cf. **H. J. Stoebe**, «רחם *rḥm* tener misericordia», en **E. Jenni-C. Westermann**, *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1978, 947-966.

[11] Cf. **W. Brueggermann**, *Teología del Antiguo Testamento. Un juicio a Yahvé. Testimonio. Disputa. Defensa*, Sígueme, Salamanca 2007, 235-250.

Israel sobre Dios y nos ayuden a vislumbrar la experiencia que latía detrás de quienes le confesaron como misericordioso[12].

El primero de ellos tiene de fondo la raíz *rḥm*, cuyo primer significado es el de vísceras o entrañas y, en singular, seno materno. Con él se describe la sede de los sentimientos y, cuando se utiliza en sentido metafórico, indica el sentimiento íntimo y profundo que liga a dos personas por lazos de sangre. Por ello es un sentimiento espontáneo y natural. Lo significativo es que cuatro quintas partes de los textos en los que aparece, tienen a Dios como sujeto, indicando los momentos en los que Dios establece, o restablece, la relación de comunión (*bĕrît*) con Israel. Es decir, nos encontramos ante un atributo especialmente referido a Dios.

Desde este núcleo íntimo, *cuasi*-carnal, la misma confesión nos lleva a la raíz *ḥsd* (lleno de amor), que se aplica a un rasgo más genérico, no tan impulsivo, que puede tener diversas manifestaciones (compasión, perdón, etc.): la bondad o benevolencia. Esta, no nace de un sentimiento espontáneo, sino de una deliberación consciente. Desde aquí se observa que la benevolencia divina tiene como fundamento la fidelidad *('mth)* a un compromiso que, en este caso, tiene relación directa con la Alianza (*bĕrît*). Esta fidelidad, en la Escritura, generalmente se refiere a la firmeza de las palabras y acciones divinas, y se muestra como el fundamento de un amor que trasciende todas las explicaciones.

Este condensado mosaico léxico nos muestra el fundamento, el origen y el modo de relación de Dios con su pueblo: por la Alianza sellada de modo unilateral, Dios, fiel y lleno de amor, renovó desde sus entrañas el compromiso adquirido.

Con todo, como sugiere la segunda parte del v. 7, estos términos y esta persistente voluntad amorosa que llega a perdonar *('ns)* toda iniquidad (*'wn*), transgresión y pecado, no minimizan el celo y la exigencia requerida por un Dios comprometido que no deja impune (*nqh*) y castiga (*pqd*).

Sin pretender eliminar la paradoja, expresión del insondable misterio de Dios, anotamos que la iniquidad castigada en el v. 7b (*'wn*) es la eternamente perdonada en el v. 7a –literalmente, «por mil generaciones». Su castigo, sin negarlo, es pues mucho más corto en la historia que su eterna bondad (*ḥsd*). Por otra parte, ambas afirmaciones mantienen una tensión necesaria y «evidente»: Dios se manifiesta como un Dios entregado incondicionalmente *pro nobis*, cuya libertad no queda domesticada, ni siquiera, por su fidelidad. En otras palabras, la incondicionalidad no está referida a la respuesta que se le deba dar y que Dios exige, cuanto a que no necesita de ninguna respuesta determinada para seguir siendo fiel. De ahí que siga caminando con Israel, en dirección a Canaán, llevando consigo, integrando, asumiendo el pecado de su pueblo[13].

3.2 *Dios misericordioso revelado en la misericordia del Hijo*

Retomando la relación antes mencionada entre el Antiguo y Nuevo Testamento, en los evangelios asistimos a la prolongación de la misericordia de Dios descrita en el AT, ahora en la novedad de la encarnación del Hijo. En el cántico de Zacarías (Lc 1,68-79) podemos ver este movimiento de continuidad–discontinuidad, en primer término, porque la encarnación es revelación de la misericordia del Padre; ella es su motivo y su causa: «Por la entrañable (σπλάγχνα) misericordia (ἐλέους) de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto» (v. 78). En segundo lugar, porque el Hijo tiene como misión principal el ejercicio activo de la misericordia: «iluminar a los que viven en

[12] Los otros dos adjetivos se mueven en la misma órbita semántica pero son menos relevantes: *ḥnn* (compasivo) que significa mostrar gracia, ser clemente (cf. Ex 33,19; Is 27,11; Sal 102,18) y *'rk'ppym* (paciente). Literalmente, «que posee amplias narices», rasgo que permite que la ira y la cólera de Dios se enfríen antes de amenazar a Israel.

[13] Cf. **E. Sanz Giménez-Rico**, *Cercanía del Dios distante: imagen de Dios en el libro del Éxodo*, U. P. Comillas, Madrid 2002, 390-409.

tinieblas y en sombra de muerte» y «guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (v. 79)[14]. Así, podemos contemplar en Jesús, tanto la acción misericordiosa del Padre sobre él (encarnación, oración, resurrección), como en las palabras y acciones hacia sus contemporáneos (curaciones, resucitaciones, exorcismos, comidas, diálogos, parábolas, instrucciones).

Por eso, como vía para la reflexión teológica y la acción pastoral, cabría señalar la misericordia como una manifestación más de la filiación divina de Jesús, más allá de ser un componente de la ética cristiana.

Desde la comprensión sociológica de la Palestina del s. I, la imitación del padre –*imitatio patris*–, era el marco común de comprensión de las relaciones paterno-filiales. Así, el padre enseñaba su oficio y le ofrecía protección, y el hijo acogía tales enseñanzas, debiendo prolongar su tarea en la ausencia del padre[15]. Desde aquí, la misericordia puede ser un elemento más que prolonga y manifiesta la relación de Jesús con Dios como *Abbâ*, en la medida en que Jesús, teniendo a Dios como Padre, aprendió de él el «oficio» de la misericordia y la puso por obra. No en vano, esa referencia a lo aprendido del Padre, la amplía Jesús en su predicación al invitar a otros a su imitación filial: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36). Sin forzar el texto, y recordando su redacción postpascual, podemos decir que en esta exhortación a la imitación del Padre misericordioso, Jesús hace participar «adoptivamente» de su misma filiación[16].

Jesucristo, «imagen del Dios invisible» (Col 1,15)

Si bien en la misericordia de Jesús encontramos una manifestación de la relación personal, filial, –*hipostática*–, entre Dios y su Hijo, es también en ella donde encontramos la realización concreta de la quinta bienaventuranza de Mateo: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (5,7). Por eso, queriendo encontrar los caminos de la bienaventuranza, nos detenemos ahora en cuatro manifestaciones de la misericordia divina en Jesús[17].

- **A Jesús le piden misericordia:** Es singular el número elevado de curaciones de Jesús posteriores a la petición de la misericordia. De manera más o menos desesperada, reconociendo a Jesús como hijo de David o como Señor, siendo judíos o paganos, encontramos que a Jesús le piden su misericordia, entendida esta como un restablecimiento de la salud física, social y religiosa (Mc 10,46-52; Lc 17,13; 18, 38; Mt 9,27; 15,22; 17,15; 20,30s.). Cuando esta petición se hace con fe, Jesús ejerce su misericordia y se realiza lo apuntado en el signo –la salvación[18].
- **Jesús reconoce su misericordia:** Pese a realizar un buen número de acciones misericordiosas, solo en una de ellas Jesús la reconoce como tal. Es en el exorcismo del endemoniado de Gerasa (Mc 5,1-20). En esta ocasión, en tierra de gentiles, Jesús vuelve a ser asaltado, aunque su misericordia no es requerida. Tras un diálogo el hombre queda liberado y, enton-

[14] A parte de los argumentos teológicos, existe una continuidad semántica, pues en este primer capítulo de Lucas, detrás de todas las referencias a la misericordia (ἐλέους), siempre se encuentra el término veterotestamentario *ḥsd*, al que hemos hecho referencia al hablar del AT. (Cf. **F. Staudinger**, «ἐλεέω», en **H. Balz-G. Schneider** (Dirs.), *Diccionario exegético del nuevo Testamento*, vol. I, Sígueme, Salamanca 1998, 1315). Junto a ello, no es despreciable ni coyuntural la referencia a las entrañas (σπλάγχνα), estudiadas con la raíz *rḥm*. Estas y otras conexiones semánticas en: **H.-H. Esser**, «Misericordia», en **L. Coenen-E. Beyreuther-H. Bietenhard** (Dirs.), *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, t.II, Sígueme, Salamanca ⁵2004, 99-106.

[15] Cf. **S. Guijarro**, «Dios Padre en la actuación de Jesús», en: **Varios**, *Dios Padre envió al mundo a su Hijo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2000, 15-51.

[16] Otras referencias a la común paternidad de Dios en: Mc 11,25; Mt 5,16.45.48; 6,1-34; 7,11; 10,20.29; 18,14; Lc 12,30-32.

[17] Una perspectiva bíblica la encontramos en: **J. J. Bartolomé**, «A causa de las entrañas de misericordia de nuestro Dios»: *Misión Joven* 333 (2004) 5-14.

[18] Por la fe son posibles los signos (milagros) de Jesús, es el camino básico de los sinópticos, siendo el inverso el trazado en el evangelio de Juan: son los signos de Jesús los que provocan la fe.

ces, viene el giro inesperado en el encuentro. Ante la petición del geraseno de convertirse en discípulo, Jesús le instituye en mensajero de la misericordia divina: «Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido misericordia de ti» (Mc 5,19).

- **Jesús habla del Padre misericordioso:** Si hay algún lugar en los evangelios en el que podemos encontrar el testimonio de Jesús sobre el Padre misericordioso, es en el evangelio de Lucas. No en vano fue llamado por Dante el «escritor de la ternura de Cristo» –scriba mansuetudinis Christi– (De Monarchia, I, 16, 2). Es en el capítulo quince del evangelio donde encontramos las tres parábolas de la misericordia[19]: la oveja perdida (v. 3-7), la moneda perdida (v. 8-10) y el hijo perdido (v. 11-31), que son reencontrados por sus «dueños», provocando gran alegría en ellos. En las tres parábolas es Dios quien se alegra de recuperar lo extraviado, no infringiendo ningún castigo a quien lo pudiera merecer. Con el abrazo paterno se manifiesta la misericordia de Dios que tiene como consecuencia la alegría y la fiesta. En ellas se expresa y se comparte la suerte de los tres afortunados que recuperaron lo que les pertenecía y habían extraviado.

  Lo significativo de las tres parábolas, aparte de lo dicho, son sus destinatarios: «Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: ‹Ese acoge a los pecadores y come con ellos›» (v. 1-2). A todos ellos Jesús les cuenta estas parábolas identificando su obrar con el de Dios. Si él comparte tiempo y sabiduría con publicanos y pecadores, es porque su obrar refleja el del Padre, que no tiene en cuenta los pecados de sus hijos cuando se reencuentran con él.

- **Jesús invita a practicar la misericordia:** Si bien la bienaventuranza de Mateo marca el objetivo: «...los misericordiosos [...] alcanzarán misericordia», y en el capítulo 6 de Lucas, el objetivo se convierte en imperativo: «sed misericordiosos...», cuatro capítulos más adelante (Lc 10,25-37), Jesús enlaza la práctica de la misericordia con la pretensión de alcanzar la vida eterna. Linealmente el encuentro y las ideas se suceden así: «¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» (v. 25), «amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo » (v. 27). «¿Y quién es mi prójimo? (v.28), «el que practicó la misericordia con él» (v.37).

  Lo significativo para nuestro caso son dos cuestiones. Como en Lc 15, la parábola es explicada a un maestro de la Ley con un ejemplo escandaloso –un samaritano–, que, a ojos del resto de judíos, llevaban una vida religiosa poco ejemplar. Paradójicamente, Jesús invita a identificar la proximidad –el ser prójimo–, con la práctica de la misericordia del samaritano, exhortando a hacer lo mismo que él: «Anda y haz tú lo mismo» (v. 37).

Desde el mosaico descrito, vemos que la misericordia es un punto nuclear donde coinciden –*co-incidire*: llegar o caer en el mismo lugar–, elementos centrales de la vida cristiana: la paternidad de Dios hacia Jesús y su filiación singular, la extensión de dicha paternidad hacia sus hijos adoptivos, el contenido en la imitación de Dios y el camino concreto en el seguimiento de Jesucristo que lleva a la vida eterna, el modo y la manera de comportarse como prójimo, el motivo del testimonio y, por último, la petición en la oración: «Señor, ten misericordia de mi». Constatando estas convergencias, no sería un entretenimiento superfluo revisar cuánto de misericordia hay en nuestra confesión de fe, cuánto en nuestras propuestas pastorales, cuánto en las relaciones con los de dentro y los de fuera de la

[19] El estudio sobre este capítulo de Lucas, que recoge y sintetiza los estudios previos más significativos, lo encontramos en: **E. Sanz Giménez-Rico**, *Profetas de misericordia*, San Pablo-U. P. Comillas, Madrid 2007, 185-221.

comunidad cristiana, cuánto en nuestras valoraciones y juicios, cuánto en nuestra relación con Dios, cuánto en nuestro testimonio, etc.

4 *Kyrie Eléison:* la misericordia en los primeros cristianos

Para concluir esta mirada a lo que Dios ha dicho de sí mismo en la revelación, sería un error no prolongar el testimonio de la Escritura en los primeros albores de la Iglesia naciente. Al fin y al cabo, Escritura y Tradición son los dos lugares propios donde acontece su revelación. Nos quedaríamos cojos si nos quedásemos sólo con la Escritura, aunque sea central, nuclear, primera..., pues ella misma da pie para seguir auscultando la revelación de Dios, más allá de sí, en los frutos del Espíritu del Resucitado: la vida de las primeras comunidades y sus posteriores desarrollos.

Así pues, siguiendo el testimonio de la Tradición y, en ella, el de los Padres de la Iglesia, en algunos casos coetáneos a la Escritura, encontramos la primera Carta de Clemente con numerosas referencias a la misericordia divina (*IClem* 9.14.20.28.50) o exhortaciones a su práctica: «Tened misericordia, y recibiréis misericordia; perdonad, y seréis perdonados. Lo que hagáis, os lo harán a vosotros. Según deis, os será dado. Según juzguéis, seréis juzgados. Según mostréis misericordia, se os mostrará misericordia» (*IClem* 13)[20].

Otra cristalización de la inquietud por la misericordia divina la encontramos en las celebraciones litúrgicas de los primeros siglos en la fórmula, hoy también presente, *Kyrie eléison,*[21] «Señor, ten piedad», petición que evoca las realizadas a Jesús en los evangelios para ejercer su misericordia. Así era –y es–, en la oración de las letanías, como las asambleas polarizaban su atención hacia la misericordia divina[22]. Otros muchos testimonios cabría indicar aquí, como la introducción de la praxis penitencial ante los cristianos que, habiendo declarado su apostasía, querían reintegrarse –*lapsi*– (s.III) a la Iglesia, pero entraríamos en el tema del siguiente artículo de la revista, «Una Iglesia misericordiosa». Dejándole el testigo a su autor, quisiera cerrar estas líneas con una conclusión apuntada con anterioridad y constatada en el desarrollo que hemos elaborado.

5 «¡Qué cercano está Dios de quien confiesa su misericordia!» (San Agustín)

Comenzábamos estas líneas recordando la distancia por exceso, sobreabundancia y desemejanza, entre Dios y sus criaturas. Desemejanza que podía complicar cualquier palabra dicha sobre él. Con todo, afinando la mirada, es ésta desemejanza la que nos permite hacer experiencia de la misericordia de Dios. La misericordia, como se ha venido señalando, no es otra cosa que la presencia salvadora de Dios en la indigencia humana. Indigencia que no solo se manifiesta en situaciones y circunstancias, sino que nos constituye, pues somos seres necesitados e incompletos, con una herida esencial que nos lleva al umbral donde limitan nuestro ser y Dios mismo[23]. Tomar conciencia de este límite, que es nuestra humanidad y confesar a un Dios que en ella nos visita, es llamarle ya misericordioso. Por ella, por esta misericordia que ha tenido con nosotros, es por la que podemos decir algo sobre él. En ella, podríamos decir, llevando las palabras al exceso, Dios ha tendido un puente para asemejársenos en la diferencia. Un puente que es su misericordia. Él mismo. En palabras de Agustín: «¡Qué cercano está Dios de quien confiesa su misericordia!» (*Serm.* 112A, 5).

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB

---

20 Cf. otros testimonios en Ireneo *(Dem.),* Tertuliano *(Paen.),* Cipriano *(Laps.),* Ambrosio *(In Ps.* 118), Agustín (*Civ. Dei*) y más tarde, Anselmo (*Prosl.*), Tomás de Aquino (*Sum. Theo.*).

21 *eléison* es el imperativo de ἐλέους, que significa tener piedad, benevolencia, misericordia. Como hemos señalado, tiene el trasfondo de la raíz hebrea *ḥsd*.

22 Cf. **Juan Crisóstomo**, *Hom. in Mt.* 71, 4.

23 Sobre esta condición de apertura al Misterio, cf. **P. Rodríguez Panizo**, *La herida esencial. Consideraciones de Teología Fundamental para una mistagogía*, San Pablo-U. P. Comillas, Madrid 2013.